

ESTE PUÑADO DE POLVO

Marzeil Gail

Según un viejo oficial religioso de Constantinopla, quien usaba un casquete lavanda de terciopelo y nunca había escatimado esfuerzos en adquirir conocimiento, Eva fue creada de la costilla de Adán por esta razón: para que toda la humanidad pudiera ser reconocida de haber nacido de un solo padre. Sentía que si Eva hubiese sido especialmente creada como Adán fue, algunos hombres podría haber acudido a sus madres, tomado su lado, y establecido y mantenido una dualidad. Como resultó, Eva misma sólo era un componente de Adán, el mundo sólo tenía un padre, y desde el comienzo, el principio de la unidad fue afirmado.

Los universitarios Occidentales, que profesan la modernidad, pueden ser, solamente, entretenidos por tal declaración. Desde Darwin, no se leen el Libro de Génesis a menudo en las universidades no sectarias, excepto en cursos bíblicos, donde es tratado a distancia, o los domingos en las tardes, si la asistencia a la capilla es obligatoria. Las condiciones indican que el mundo de los pedagogos tiene duda en cuanto a cómo proceda con este asunto. La situación es casi vergonzosa porque la ciencia del siglo diecinueve ha probado que los hechos relatados en Génesis no pueden ser considerados literalmente, y el mundo de los pedagogos está tan preocupado con este descubrimiento que no aprobará la posibilidad de que haya significados espirituales en el antiguo archivo. Por otra parte, las madres que han sido criadas en la tradición de Mateo desean la Biblia para sus hijos a causa de su belleza literaria y sus valores culturales; por consiguiente, los cursos bíblicos, donde las líneas sagradas son leídas tan cautelosamente como sea posible, y su significado es contradicho por la biología a otro lado del corredor.

Las tentativas de nuestros profesores de librar a sus alumnos de los credos ortodoxos, son, por supuesto, sinceras; excepto por los pedagogos de la vieja escuela, desgastando sus vidas soñando en el tardío brillo de la época Victoriana, cada instructor pensando que se debe compartir con sus clases, no importa todo lo implícitamente que sea, lo que él considera de ser la verdad; y así él les da las doctrinas de nuestra época actual, una amargamente desilusionada, puesto que el siglo diecinueve destruyó, en una generación o más, las verdades por las cuales la humanidad había vivido por dos mil años. En aquel entonces tanto fue descubierto de ser falso que los seres humanos, con su característica exageración, ahora estén inclinados a negar todo. --Recordemos al niño moderno quien no solo no cree en Papa Noel - ni cree que hubo un Lindbergh aun. A lo mejor, los más educados y tolerantes de nuestros contemporáneos, fuera de las comunidades bahá'ís,

consideran que todo es relativo y cambiante; a lo peor, observamos la humanidad abrazando los credos más fantásticos concebibles, y restableciendo el criterio medieval de 'Yo lo creo porque es imposible' - hasta tal punto que, con toda nuestra iluminación moderna, encontramos tales cosas como la observación las estrellas y el agua de apio elevados casi al principio de la vida. La sociedad, entonces ofrece innumerables ejemplos de los educados, que no creen en nada, y de los quasi-educados, que creen en todo, 'con tal que no sea la verdad'.

Para los bahá'ís el Libro de Génesis incorpora profundas realidades espirituales y es sagrado. Podemos, entonces, aceptar las palabras del viejo sabio de Constantinopla, quien se sentó bajo los rayos del sol en su oscura pieza, y dijo que toda la humanidad había nacido de un solo padre. Es interesante en esta conexión recordar los concluyentes comentarios de Darwin en su libro, 'Origen de Especies', en efecto, que los animales y plantas son respectivamente descendientes de cuatro o cinco progenitores, a lo máximo, y que ambos orígenes, posiblemente, de un solo prototipo. Aquí hubo dos hombres, ejemplos intelectuales de innumerables otros; uno profundizado en el saber del Tora, un seguidor del Libro; el otro en desacuerdo con la ortodoxia, interesado solo en el fenómeno natural, opuesto al punto de vista teológico del universo (escribiendo por ejemplo, 'Estoy en una confusión completamente desesperante. No puedo pensar que el mundo es el resultado de una casualidad; sin embargo, no puedo considerar a cada cosa existente como el resultado de un Diseño'.); y sin embargo cada uno llegando, después de años de búsqueda, a la misma doctrina de la unidad original, por muy diferentemente considerada: el clero regocijándose en el conocimiento que la humanidad es solo una familia; el científico interesado en lo que él consideraba una verdadera explicación de los orígenes, y diciendo, aunque probablemente no estaba interesado en las implicaciones espirituales que otros pudiera sacar de su obra, que su teoría y sus connotaciones concordaran aparentemente mejor con lo que sabemos de las leyes grabadas sobre la materia por el Creador.

Cualquiera que sea nuestra actitud hacia la raza humana, es evidente que el pensamiento debería llevarnos hacia una creencia de la unicidad básica de la humanidad. Tal creencia es una piedra angular indispensable en cualquiera estructura de la vida ideal que podríamos construir; no podemos simétricamente establecer el patrón divino del mundo a menos que nuestro pensamiento esté fundado en el conocimiento de que la familia humana es una; que a lo extremo las diferencias existentes son superficiales, indican variadas oportunidades, varios grados de adaptación; y que, conmovida por una nueva fuerza celestial, cada raza se levantará por fin para cumplir con su destino prometido. Puesto que dentro de cada raza está latente el poder de desarrollo hacia la perfección, y dondequiera que esté el hombre, existe el potencial reflejo de la divinidad. 'Abdu'l-Bahá, el Maestro Bahá'í, dice que: *La más grande bendición de Dios hacia el hombre es la*

capacidad de realizar las ‘virtudes humanas’. Él no restringe esta capacidad a los hombres blancos o a los hombres amarillos, o a cualquier supuesta raza superior; nos dice que esta bendición es otorgada al ‘hombre’. Debemos, entonces, honrar este don de Dios al hombre, y vivir con la certeza que todos los seres humanos están divinamente dotados, por muy variados sean las expresiones de esta dotación.

El entendimiento de la unicidad humana es por eso un artículo importantísimo en la creencia victoriosa, pero si permanece como un concepto meramente filosófico, es de poco valor práctico. La violencia del odio-racial moderno no será calmada por la mera reiteración de un axioma. Nuestros estantes bibliotecarios han sido alineados por siglos con espléndidos pensamientos y el polvo está denso sobre ellos. Es por esta razón que Bahá’u’lláh ha hecho mandatario, a Sus seguidores, vivir el principio de la unidad mundial, diciendo: *Os incumbe ser como una sola alma, andar con los mismos pies, comer con la misma boca, y morar en la misma tierra, para que desde vuestros seres más íntimos, por vuestros hechos y acciones, los signos de la unicidad y la esencia del desprendimiento puedan ser manifestados*. Las comunidades bahá’ís incluyen miembros de cada raza y color, y los bahá’ís están prohibidos de alejarse de cualquier ser humano, son ordenados, mas bien, de ver la faz de Dios en cada rostro.

Esta práctica de la universalidad a menudo viene como un choque a los que no conocen la Causa Bahá’í; tales personas expresan la aversión física aun de sentarse en la misma habitación con miembros de alguna otra raza o razas que ellos están acostumbrados de desdeñar; ellos sienten este disgusto físico a tal extremo que creen que es divinamente ordenado por el Creador; algo en el orden de esa otra manifestación, la antipatía a las culebras, que muchas aguardan con un espíritu de auto-justificación por lo que sucedió en Edén. En verdad, el disgusto de una raza por otra, lejos de ser una protección ordenada para la elegida y un castigo justamente impuesto sobre la rechazada, es el acumulado resultado de la antigua practica de la tiranía; tenemos aversión a los que hemos maltratado, igual como amamos a los que hemos tratado con bondad; el anterior nos hace recordar nuestras acciones feas e inarmónicas mientras que el último nos hace recordar la felicidad la cual resultaba del cumplimiento de la función; parece que el servicio es el requisito previo del amor. Más, el disgusto del desconocido es una causa de la antipatía racial, y explica la razón por la cual las personas seleccionan algunas razas para aceptar y otras para repelar. Por otra parte una tradición escandalosa crecida cerca de una raza y fomentada por los enemigos a menudo previene la bienvenida de las víctimas. Más importante que toda, quizás como la fuente del odio racial, es un sentimiento que los miembros de alguna otra raza son sucios. La suciedad es a menudo la más grande barrera entre los seres humanos; la idea de la suciedad es tan estrechamente asociada con el odio que cada idioma incluye en su vocabulario de profanidades, términos profanos imputando suciedad a los detestados; y todos

los pueblos sienten que los otros pueblos son relativamente sucios. Acentuando la immaculada limpieza en las Enseñanzas Bahá'ís es por eso de gran importancia: una humanidad sucia nunca puede ser unida. Es interesante que cuando un Occidental aprende las admoniciones bahá'ís con respecto a la limpieza, usualmente comenta sobre el gran beneficio al Oriental de esta enseñanza; y del mismo modo, el Oriental, a menudo un musulmán quien se lava cinco veces por día, (por insalubre que la agua sea) siente que por fin el Oeste va a ser limpio. En todo caso, un esfuerzo de adoptar la norma bahá'í de la limpieza es altamente espiritualizador; uno sabe que los pueblos del futuro serán deslumbrantemente limpios.

‘Abdu'l-Bahá nos dice que: *El hombre puede resistir todo excepto lo que es divinamente destinado e indicado para su época y sus requisitos*. Las condiciones implican que la aserción de la unicidad humana ha llegado a ser indispensable para la existencia vividera, y por eso podemos creer confidentemente que el tiempo de la perfecta solidaridad humana ha llegado. Nuestro amor mutuo ya no es selectivo - el amor selectivo es el odio indirecto. ‘Abdu'l-Bahá explica que: *Cuando la realidad envuelve al alma del hombre el amor es posible*, y por la realidad quiere decir la Palabra de Dios revelada por medio de los Grandes Maestros quienes aparecen entre los hombres cuando los corazones se han apagado y las mentes han cristalizado en crueldad. Él dice, con respecto a las relaciones humanas: *Nunca os enojéis unos con otros... Amad las criaturas en aras de Dios y no por ellas mismas. Nunca llegaréis a estar enfadados o impacientes si las amáis a ellas en aras de Dios... el ojo imperfecto ve las imperfecciones, y de nuevo... si tenéis un enemigo, no lo consideraréis como un enemigo. No seáis simplemente longánimos, no, más bien, amadlo... Ni digáis que él es un enemigo. No veáis ningún enemigo*. Este amor, este poder centrífugo por el cual la hostilidad será destruida, está impeliendo a su servicio la gente de cada religión y creencia. Este amor no es un fofo sentimentalismo ni un histerismo sino una práctica sin vacilación de atender a la humanidad; y la humanidad no es un abstracto vago con la mayúscula ‘H’; ella es la familia, y el hombre de la calle, y un conocido casual. Tal servicio no es ejercido con ninguna hipócrita esperanza de una recompensa en este mundo ni en el próximo - uno no acepta pago en cambio por amor. Este ofrecimiento es considerado como un privilegio, como el privilegio de un árbol de florecer cuando llega la primavera.

Un prominente antropólogo recientemente abogó por el casamiento entre personas de las razas blancas y amarillas, diciendo que la unión resultaría en un tipo superior de seres humanos. Esta declaración es alentadamente en avance de la creencia popular; demuestra que los hombres informados están acercando un concepto de la unicidad humana; y desde que las ideas concebidas en el laboratorio tienden a influir la gente en libertad, y mostrarles donde ellos han errado antes; y

es interesante que los científicos están negando el criterio del pasado y sustituyéndolo con principios que están más en armonía con el espíritu de la época moderna. Además, los psicólogos están descubriendo en sus estudios de los niños talentosos que en muchos casos son productos de las razas mixtas. Obviamente, si la humanidad no fuera en esencia una, y ciertas razas fueran inferiores en sí mismas, un cruzado no podría ser beneficioso, y los resultados desmentiría las anteriores conclusiones. Aun más, hemos oído recientemente de algunas distinguidas personas entre la clase profesional en los Estados Unidos, quienes están empezando de abogar por el casamiento entre la raza blanca y la raza colorada, afirmando que en vista del prominente progreso entre la gente de color, la vieja política de la exclusión ya no es practicable. Por todas partes, aparentemente, la causa de la unidad humana está ganando adherentes y las fortalezas del desatino están siendo derrumbadas.

La unicidad, por supuesto, no debe ser confundida con la similitud, que es tediosa, cosa artificial, enteramente ajena a un mundo donde ningún grano de trigo ha sido igual a otro. La maldición peculiar de nuestro tiempo es el esfuerzo hacia la uniformidad; se mastican chicle en las Himalayas, y todos están tratando desesperadamente de ser como los demás, o aun más que ellos. Esta situación ha resultado por el advenimiento de las máquinas, y será indudablemente corregida poco a poco, en cuanto la humanidad se acostumbrara a las máquinas y las tengan subordinadas a la belleza. Un viejo zapatero de Persia nunca se atrevía de hacer dos zapatos idénticos en cada respecto, porque piensa que tal acto mataría a su esposa; puede estar guardando una superstición, pero artísticamente es muy válido. La individualidad es preciosa y refrescante; el mundo presenta una mezcla sutil de interminables variaciones; debe haber orquídeas y cerros, caminos y tubérculos, la intimidad de los rayos del sol, y el misterio de la niebla. La espiritualidad, también, es diversa; cada ser humano tiene su vela para encender, su espiral de humo de incienso azul para ofrecer como un obsequio y adoración en el templo de la humanidad. ¿Importa qué color son los dedos curvados en oración? ¿O si la música sea una tonada espiritual lenta de Luisiana, o la canción de flauta de un pastor Persa, mirando a la matutina turquesa? La dádiva sagrada de una vida obediente es atesorada para toda la eternidad, y cada otorgador es amado. En este amanecer de una humanidad nueva, nadie es rechazado. No existe ningún intocable, ninguna lepra social, y no hay más gente desdeñada y marginada. ‘Abdu'l-Bahá nos dice que: *el amor de Dios santifica a todas las cosas creadas.*

La unidad del mundo de la humanidad será establecida porque es la Voluntad de Dios que ‘este puñado de polvo, el mundo’, debe ser solo un hogar. Ningún empeño materialístico, no obstante todo lo sincero que pueda ser de una asistencia permanente aquí, no puede conmover los corazones de los hombres; ningún sistema practica de ética, ni legiones de escribanos diestros ni catálogos de

estadísticas, ni cheques y conferencias pro-cena, pueden corregir el odio de un hombre por el otro. Ninguna risa puede ahuecar la sangre que los siglos han derramado. Solo un esfuerzo inspirado por Dios, funcionando a través del conocimiento que toda la humanidad es igualmente amada, que todos somos preciosos ante la vista de Dios y nos vestimos con las emblemas de Su belleza, construirá las ciudades de alabastro donde las razas del futuro vivirán unidas.

‘Abdu’l-Bahá nos enseña que:

Las enseñanzas fundamentales de Bahá’u’lláh son la unicidad de Dios y la unidad de la humanidad. Él dice: ‘Tal como el espíritu humano de la vida es la causa de la coordinación entre las varias partes del organismo humano, el Espíritu Santo es la causa controlador de la unidad y coordinación de la humanidad. Es decir, la unión o la unicidad de la humanidad no puede ser establecida efectivamente salvo por medio del poder del Espíritu Santo, en cuanto el mundo de la humanidad es un cuerpo compuesto y el Espíritu Santo es el principio animador de su vida.

Vamos, entonces, a ser siervos del Espíritu Santo, y vivir cada momento con el conocimiento que la humanidad es una sola.